

ANTONTXU, DE MIS RECUERDOS...

Felipe Gurruchaga

Para las generaciones jóvenes –los que han nacido con la televisión– les resultará cuando menos llamativa la forma de cómo vivíamos y nos divertíamos los jóvenes de los años cincuenta.

He dicho la televisión, pero lo cierto es que tampoco había muchos aparatos de radio y muy pocas emisoras. No existían las radios portátiles, ni tampoco habría más de una docena de automóviles de turismo en el pueblo.

Las primeras radios “portátiles” pesaban varios kilos y se alimentaban con enormes baterías de plomo que se descargaban enseguida.

Escribo estas premisas para enmarcar algunos de los ámbitos en los que, la juventud, nos divertíamos.

De casa se podía salir casi a cualquier hora. Si salías con “los Urkiá” (mis vecinos) a cazar, podías hacerlo de noche. Recuerdo que Iñaki, me despertaba tirando de una cuerda, de su ventana a la mía, a la que habíamos atado un bote a modo de cencerro. (El bote o pote, era uno de los recursos que más

aplicaciones tenía. Algún día las detallaré, por si a alguien le interesa).

Pero entrar... entrar en casa tenía unas horas sagradas. Las nueve casi todo el año y las diez cuando se cambiaba al horario de verano.

(Estoy escribiendo como un mayor y no me hace mucha gracia, pero... pero hablemos ya de Antontxu).

Era un referente para todos. Casi era un nombre sin apellido. Le hubieran podido llegar las cartas sólo con “Antontxu, Rentería”.

Quizás alguno pensará que exagero, pero es así.

Nuestra vida de diversión y aunque los jóvenes no se lo crean, era intensa. En Rentería giraba alrededor de “los Luises” fundamentalmente. Y no parábamos. En “los Luises” teníamos de casi todo. Y digo “casi” porque me resulta difícil recordar algo que quisiéramos tener y no se tuviera. Por supuesto que no teníamos polideportivos, ni adidas, ni chan-



Foto cedida por Felipe Gurruchaga

Actuación de Antontxu Sainz en la obra “La casa de Quirós”, en el cine “On-Bide” el 26 de noviembre de 1948.



Foto cedida por A. Sae Echeverría

Sentados, de izquierda a derecha: Pedrocho Otegui, Agapita Arruabarrena, Mari Carmen Ayerdi, Merche Elizondo y Francisco Bilbao.
 En el medio, de izquierda a derecha: Joaquín Azcue, Tere Uranga, Inaxio Albisu, Manoli Elorza, Antontxu Sainz, Víctor Olarra, Edurne Goñi y Ramón Ecenarro.
 En la última fila, de izquierda a derecha: Agustín Iriberrí, Miquel Bagüés, Antonio Vicente, Fernando Ayerra, Javier Bagüés y Teodoro Goñi.

dals, ni... ni ninguna de las cosas que no existían. Teníamos biblioteca, teníamos un local con mesas, banquetas, billar, ping-pong y juegos de damas y ajedrez.

Suena a pobre y casi ridículo. Y teníamos ON-BIDE. El On-Bide...

Llegué al On-Bide, de la mano de Luis Busselo, para ayudarle a pintar decoraciones. Y allí conocí a Antontxu, de cerca. El On-Bide era uno de los dos cines de Rentería en aquellos años. Y la Parroquia tenía un derecho de uso que nos permitía utilizar el escenario para los ensayos y dar algunas funciones de teatro.

La primera vez entré con más emoción-devoción que en la Iglesia. Completamente fascinado por aquel mundo de telones, cuerdas, poleas... Aprendí nombres como bambalinas y expresiones como *"mutis por el foro"*. Todo era nuevo.

Hacer los bocetos. Medir los grandes rollos de papel. Pegarlos. Mezclar las pinturas con cola OZ u HOZ, no lo sé —nunca tuve que escribirlo—. Dibujar a gran escala y aplicar la pintura y al rato contemplar horrorizado cómo el color, al secarse, en nada se parecía al brochazo húmedo...

Y llegó la hora del ensayo. Y aparecieron los actores: Antontxu, Arantxa Arruebarrena, su prima Agapi, Xabier Olascoaga, Inashito Albisu, el apuntador Olarra, Eusebi Elorza, Pepe Pérez... y alguno más cuyos nombres he olvidado y lo siento.

Antontxu era "el que mandaba" y mandaba con autoridad. Leía la primera lectura como si estuviese ya en plena representación, dirigía y aconsejaba; siempre estaba de buen humor y contagiaba optimismo.

Luego, llegado el día de la función, además del protagonista era el mejor actor. Lo que en las películas de entonces se llamaba *"el chico"*; y Arantxa era *"la chica"*. No sólo los admirábamos sus compañeros, sino el pueblo entero que acudía al teatro como hoy lo hacen los "fans" a un concierto de rock.

Cuando terminaba la función, a los pocos días, organizábamos una cena. Pero no una cena en restaurante o bar, sino en el propio On-Bide. No recuerdo en qué consistía, pero sí lo bien que lo pasábamos contando las anécdotas propias de la función. Antontxu brillaba como narrador infatigable, ocu- rrente, agudo y brillante... incombustible conversador. Pero lo

hacía muy bien. Para mí Antontxu hacía muy bien todo aquello en lo que se metía y se metía en tantas cosas...

Y al final de la cena se cantaba. Xabier Olascoaga y él se llevaban la palma. Dos estilos distintos, dos voces diferentes, dos repertorios. Pero cuando Antontxu –quizás en su mejor momento– cantaba aquello de... *"brilla espada triunfadora"* y *"...la tizona de fino acero..."* su éxito era total. Y luego lo de *"...la roca fría del Calvario..."* ¡parecía que había estado allí! Todos nos estremecíamos con sus trémolos... Las carcajadas corrían por cuenta de Inaxito Albisu.

Aquella obra de teatro era *"La casa de Quirós"*. Obra de la que pinté los decorados y además hacía el papel de "mozo de campo y cuadra" y en la que tenía que decir *"ha sío a la chica"*. Frase que nunca supe si la oyó alguien, mientras el Señor de Quirós (Antontxu) nos amenazaba con su fusta en gesto tan real que estábamos sintiendo el latigazo.

Me vine a vivir a San Sebastián hace ya cuarenta años y he visto a Antontxu en las cenas de *Oarso*. Seguía igual, con el pelo blanco, como recién salido de un anuncio. Continuaba

hablando y yo pensaba si habría parado de hablar desde la cena anterior. Y lo digo con todo el cariño del mundo.

Recuerdo y termino con esto. Pasar a Francia a fines de los cuarenta y principio de los cincuenta no era tan fácil, por el papeleo; y no tan barato porque el dinero no circulaba como ahora y Francia era prohibitiva. Pues bien, una vez fue Antontxu a presenciar una etapa del Tour y cuando regresó nos mantuvo días oyéndole contar maravillas. Fue como Marco Polo al regresar de Cathai a Venecia. Nos fascinó tanto narrando con todo detalle cómo era la caravana publicitaria, que cuando la vi por primera vez me decepcionó. Su narración superaba la realidad.

Y ésta era una de sus virtudes. Entusiasmo, imaginación y un don de narrador inigualables. ¿Para qué necesitábamos Televisión?

Si hay cielo, Antontxu estará en él. Y si está en el cielo seguro que preguntando por "Antontxu" le encontraremos enseguida. Y me gustaría volver a verle allí, porque si baja y nos lo cuenta... cuando vayamos seguro que el cielo nos decepciona...

¡Agur Antontxu, hasta entonces! 🍷



Foto cedida por Felipe Guzmán